

REVISTA
DE
COSTA RICA

CIENCIAS Y LITERATURA

Año I

MARZO 1892

Nº 5

SUMARIO

- I MENUDENCIAS FILOSÓFICAS, por Juan F. Ferraz.
- II A MARIA TERESA VALENZUELA, poesía, por Aquileo J. Echeverría.
- III A ORILLAS DEL SENA, por Rubén Rivera.
- IV APUNTES HISTÓRICOS, por José F. Peralta.
- V LOS CENTAUROS, poesía, por Rubén Darío.
- VI LA PRINCESA LULU, por Ricardo Fernández Guardia.
- VII NOTAS.

DIRECTOR PROPIETARIO: JUSTO A. FACIO

SAN JOSE

Tip. del Comercio

CALLE 18, N. S.º 241

REVISTA
DE
COSTA RICA

Literatura y Ciencias

Año I

MARZO, 1892

Nº 5

DIRECTOR PROPIETARIO—JUSTO A. FACIO

SAN JOSE
Tip. del Comercio
CALLE 18, N., Nº 241

MENUDENCIAS FILOSÓFICAS

El prosista galano y fácil é inspirado versificador Justo A. Facio, fundador de la REVISTA DE COSTA RICA, me obliga con insistente amabilidad á escribir algo para su excelente repertorio mensual del pensamiento ilustrado de esta progresiva República, que él y yo, hijos de otros climas, hemos escogido para cuna de nuestra prole y hogar nuestro, donde las brisas de la libertad oreen nuestra frente en la labor intelectual que nos toca, y donde reposar podamos en el fin de la carrera á la sombra benéfica y sabrosa de la paz.

Yo que, si bien pienso que cada hombre se debe á la sociedad en que vive, creo que el florido campo de las letras no es el mío, y que, cada vez que en él entro, miro suspiroz á todos lados, como pensando que de cada gruta encantada, y de cada cristalina fuente y de entre todos los elegantes y aromosos *parterres* me sale al encuentro un gnomo, ya que no un diablo, de los que cuidan el jardín, gritándome «¡intruso! ¡extranjero!» yo, que tiempo ha fabrico panal para mí solo en mi obscura colmena literaria, francamente, no quisiera escribir; y como además, cada vez que lo intento, me acuerdo luego, apenas emborrono la primera cuartilla, del avestruz de Lessing... realmente—y éste es el segundo adverbio que arranca la pereza ó la conciencia de mi poco valer á mi buen deseo de complacer al amigo—voy á dar á luz estas *Menudencias filosóficas* con verdaderos dolores espirituales.

¿Y el monte alumbrará un ratón? ¿será un monstruo? ¿llegará siquiera el engendro á merecer que alguien le mire la cara, si la tuviere?...

¡Allá va!

I

ALMA.

Siempre opiné que la famosa sentencia

délfica «conócete á tí mismo,» implicaba solamente una aserción metódica y no una dificultad.

Conocerse á sí mismo es lo más fácil, sencillo y hasta natural del mundo; lo que toca las lindes de lo imposible es *conocer á los demás*.

Pero no me empeñaré por ahora en esta doble tesis, y, para facilitar el argumento en su oportunidad, voy á hacer una experiencia de mí, con plena libertad metódica, de que estoy seguro que el pensador no hará mofa, desde que entienda que es un simple ensayo, sujeto á revisión.

Sin imposición de escuela ni prejuicio dogmático, intento decir lo que pienso del *organismo del espíritu, sus facultades y funciones*.

Cuanto Pitágoras, queriendo explicar el sentido de la entonces palabra nueva *filosofía*, dijo que el filósofo es sólo un observador de lo que pasa en la vida, dió á entender sin duda que cada cual ha de ver, observar por sí, si ha de ser filósofo, amante del saber.

Yo no contradiré al gran sofista, pero sí diré que no basta *observar*, que no es suficiente ni bueno ser mero espectador en mepío de la vida; que para ser filósofo se nece-

sita ante todo ser miembro vivo y activo del mundo, de la sociedad, de la familia; ser, si se me permite la expresión, rueda útil de la maquinaria humana.

Santo y bueno el concepto que Horacio da, en su Oda II, de ecuanimidad y paz de espíritu, en que él ve la condición esencial del filósofo; pero yo debo declarar que para no dolerse de los males que vemos por doquiera, para no irritarse contra la injusticia ó la tiranía, para no odiar la ignorancia ó la perfidia, para no conmoverse en fin ante las escenas, ya desagradables, ya halagüeñas de la vida, se necesita, no precisamente ser filósofo, sino sencillamente no sentir, lo cual no eleva muy alto el concepto del saber.

Me parece que Sócrates, en medio de aquellos polos, de mirar todo ó no mirar ni darse nada de nada, estuvo más en lo cierto cuando *ideó el alma humana*, y dedicándose á su estudio, fundó la verdadera filosofía.

«Os doy *probabilidades*,—decía Platón;—no me pidáis más.»

¿Qué es, pues, esta ciencia y sabiduría, sino la investigación del espíritu, visto en sus relaciones con Dios, consigo mismo y con el Universo?

El hombre es, sin duda, el único sér que explica el plan de la creación, el único sér

que piensa á Dios, el único sér que funda la ciencia de sí y de todo.

Pero atendiendo al objeto particular de cada *sistema* de conocimientos, ya de seres, ya de fenómenos, ya de relaciones, cada ciencia abarca un campo limitado, mientras el *por qué* y el *cómo*,—que es lo que busca en general la Filosofía,—son comunes á todo sober y condición puesta por el espíritu para pensar algo.

Buscamos las *causas* de los efectos que observamos doquiera, y á la vez queremos entender *cómo* tal cosa se realiza.

Cuando contemplamos el orden maravilloso de la creación de la cual formamos parte nosotros mismos, surge en seguida el problema—*¿por qué, cómo es esto?*

¿Y quién responde á la atrevida pregunta?

No son ciertamente los cielos, aunque ellos, según el sabio, narran la gloria de Dios; no es esa serie ordenada y sin solución de continuidad de seres que con no inferior grandeza publican la del Creador desde la brizna de polvo hasta el brillante de Borneo, desde el musgo y el liquen á la sensitiva y á la palmera de Otranto, que «resiente la ausencia de su amado,» y desde el infusorio hasta el gigantesco megaterio; no es en ver-

dad quien responde á la cuestión propuesta el globo que pisamos y en cuyo centro no sabemos todavía si hay hielo ó fuego: quien contesta es el espíritu humano.

El *por qué* y el *cómo* del Universo no los muestra el empirismo real, no los revela la fe religiosa; quien los investiga y explica es la especulación racional, la Filosofía.

La ley de variedad infinita, que rige á la materia, no nos permitiría en siglos de existencia hacernos cargo de cada cosa y cada fenómeno; la unidad absoluta, que reside en Dios, se nos escapa si no la confrontamos con el Universo y no la verificamos y contrastamos con su plan.

El espíritu humano concibe lo uno en lo vario; idealiza la realidad; abstrae de lo concreto, y, en fin, generaliza, clasifica, funda la ciencia: su ley es la armonía relativa, ó lo que es igual, el *sistema*.

Pero el sistema de la verdad, según la investiga el espíritu humano, es la Filosofía.

No se concibe un sér, además, que no tenga su *fin* propio, su destino que cumplir, su objeto que llenar, su *finalidad*, en una palabra.

Al inventar Aristóteles la *entelequia*, término con que designó la unidad final del espíritu humano, concibió á éste como obje-

to y sujeto de su propio saber. Es más, yo afirmo que el espíritu humano nada sabe sino conforme á sí mismo; y así se entiende como base filosófica el «conócete á tí mismo» de Thales.

De aquí que se aplique al hombre también el término *microcosmos*, es decir, universo en pequeño, resumen de la creación; porque á la verdad todo cuanto es—Dios, la naturaleza y el mismo espíritu humano—es, según el alma, á saber, idealidad racional.

No se desprenden de los seres reales esas como formas ó imágenes de las cosas, sino que la mente las crea, las concibe y las expresa, ó da de sí, en presencia del objeto: ideas adventicias.

Pero además recrea ó imagina, con datos, experimentales conceptos que no se dan en el mundo real: ideas facticias.

Y por último lleva en sí y sin experiencia las ideas innatas, á saber, aquéllas que no tienen tipo ni esencialidad fuera de la razón.

Ahora bien, *la verdad es la conformidad del sér con su fin*, y cuando trato de mostrar que toda cosa es según el espíritu que la concibe, debo analizar el espíritu humano, el instrumento y órgano de la verdad.

Expresión común es la de que el joven lo ve todo color de rosa, que éste ó aquél lo miran todo por el aspecto del interés, que el anciano ve al través del prisma sombrío de la edad.

Pues bien: yo afirmo que en nuestro sér hay algo que mira por nuestros ojos, que oye por nuestro oído, y así de lo demás.

Este algo es la *entelequia* de Aristóteles, la *psyche* de Sócrates, el *nephesch* de Moisés.

El alma es á mi modo de pensar, y por cuanto la siento en mí, un sér orgánico que tiene actividad y funciona.

La materia tiene su organismo, también en mí, y sus funciones y facultades de vida corpórea son:

1ª—Nutrición ó conservación del individuo;

2ª—Reproducción, ó sucesión de la especie;

3ª—Relación sensacional, ó actos del aparato genérico del organismo.

El espíritu,—á saber, Dios,—funciona en nosotros por medio de las facultades anímicas:

1ª—Voluntad, que distingue y limita la personalidad;

2ª—Inteligencia que concibe y crea y procrea el pensamiento;

3ª—Sensibilidad, que sufre modificaciones diversas, infinitas, en infinitos grados afectivos.

Ahora bien, de este paralelismo resulta, que tal es nuestra alma como puede ser en el organismo corpóreo que poseemos.

Yo no quiero negar,—libreme Dios,—que todo sér tenga su *alma*,— ya volitiva en el animal, ya vegetativa en la planta, ó sólo yacente en los inorgánicos,—que es, para que no se me pueda tildar de panteísmo, la ley de la finalidad, la *entelequia* de cada cosa y nada más.

Siempre me siento conmovido ante la pregunta de Proudhón: “¿quién sabe si no piensan las piedras?”

Pero como el plan de la naturaleza no es más que una serie infinita, de lo simple á lo complejo, de lo uno á lo vario, de lo sencillo á lo múltiple, de lo imperfecto á lo perfecto, la escala de los seres, sin solución de continuidad, sin el *missing link* de Darwin, la veo más completa y más conforme á Dios, en el desarrollo de la vida, desde sus formas iniciales rudimentarias hasta la plenitud de la eternidad.

En lo llamado inorgánico voy otra vez desde las más sencillas formas de cristalización, y aun desde lo amorfo, hasta el principio de la célula en el musgo; desde ésta en el reino vegetal, atravieso la serie hasta llegar á la *vallisneria spiralis*, que del fondo del río surge para concebir á la superficie y de allí torna ya fecunda al fondo de las aguas, dando su último adiós al amante que, quebrantado el tallo, uye hondas abajo para quedar olvidado en un remanso de la orilla ó naufragar para siempre en las olas del mar; y de la *dionoea muscipula*, que caza su alado alimento, y desde la madrepora y el coral, donde la vida animal se inicia, subo hasta el hombre sin necesidad de reclamar el *anthropisco* darwiniano, para eslabón entre el mono y el sér racional, pues declaro que más diferencias reconozco entre el *galago*, tipo inferior de los simios, y el gorilla ó el chimpancé, que entre el orangután de Sumatra y el hombre bosquimano ó el papú del Africa meridional.

Y no quiero atender á inspiraciones sacerdotales, ni deseo tampoco quedarme dueño de la materia inerte: me consta que pienso, y de esta verdad no sacaré la conclusión cartesiana de que existo, sino esta otra: sé que pienso, luego tengo espíritu.

Este espíritu se me figura una especie de atmósfera ideal mediante la cual vive y funciona el organismo de mis facultades. Y si no está sujeto á límites el espíritu ¿á qué hemos de averiguar si residirá el alma en la membrana pituitaria, si en la medula oblongada que comunica el encéfalo con la masa raquídea, ó si en la *silla turca*, ó en fin, si suponiéndola en todo el cuerpo, correrá peligro de ser dividida cuando se corta ó atrofia un miembro de nuestro organismo fisiológico?

No, aunque se me tache de averroísmo, yo prefiero ver en mi espíritu el mismo espíritu de Dios; yo quiero convenir con Tiberghien, que en un raptó de intuición de lo divino afirma que «la razón es la revelación permanente de Dios en la conciencia».

Y hé aquí el verdadero carácter distintivo del hombre: la razón.

Esta es la facultad de las ideas y como el lazo y relación (*logos*) de cuanto es, fuera de mí conmigo mismo.

Pero la razón,—ese ojo de Dios en nosotros,—se pone en relación con todo lo que es, de un modo semejante al en que la luz solar ilumina los cuerpos materiales.

El alma considerada como organismo, es una lente—organismo de prismas—al través de la cual se refracta en haces la luz del espí-

ritu. Las caras de ese *prisma* total son la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad.

Y volviendo á las leyes primitivas del sér. á que he aludido desde el principio, funciona en mí la sensibilidad bajo ley de variedad, la inteligencia bajo ley de armonía, la voluntad bajo ley de unidad.

Procuraré esclarecer estos hechos, ya que no consigo explicarlos.

En la sensibilidad soy modificado, y modificado al infinito, en el sentido del placer ó del dolor; soy puro objeto sobre el cual obra por medio de los sentidos, conductores del alma, el mundo exterior, ó por la conciencia moral las ideas de bien y de mal, de verdad y de error, de belleza y de fealdad.

En la inteligencia me pongo como sujeto en frente de un objeto, que puedo ser yo mismo, y así discierno aquéllas como todas las ideas. *Percibo, concibo, reconozco, recuerdo, imagino, juzgo y ratiocino*, hallando en esas *siete franjas* del espectro ideal la verdad, que es aquí como la luz total blanca solar.

En la voluntad soy puro sujeto que me determino á algo; y hé aquí que en la *determinación* voluntaria no caben grados: siempre y en todos los hombres es igual, una é idéntica. Cuando digo «*quiero*», mi decisión subjetiva es igualmente intensa, si quiero lo

posible ó sí ansío lo imposible, si deseo mucho ó poco, si pido lo que está á mi alcance ó lo que se esconde tras del infranqueable dintel de los cielos.

Pero hay más: la voluntad humana es perfectamente libre, y aherrojado y en el fondo sombrío de un húmedo y hediondo calabozo, quiero con igual soberanía que en el pleno uso de mis órganos corpóreos.

No puede decirse igual cosa de la inteligencia; porque pienso hasta donde tengo ideas y no más allá; y menos del sentimiento, que sólo obra en el momento de la impresión material ó ideal de lo que nos modifica agradable ó desagradablemente.

La voluntad recibe ciertamente impulsos de la sensibilidad, que nos urge á determinarnos.

Los hechos, si no he observado mal, pasan así:

Mi espíritu es irresistiblemente atraído por lo que le modifica agradablemente: hé aquí el *amor*; pero en la ausencia del objeto amado nace el *deseo*.

Así también es rechazado mi espíritu por lo que le modifica desagradablemente: hé ahí el *odio*; pero la proximidad del objeto odiado provoca en mí la *aversión*.

Lucrecio puso en su poema *de Rerum Natura* el amor como origen de todos los fenómenos naturales; pues bien, Kepler y Newton no fijaron mejor el hecho en sus leyes de atracción y repulsión. El amor y el odio son en el alma humana, en el universo ideal, lo que las fuerzas centripeta y centrifuga en el movimiento y sistema de los mundos.

Pero nuestro espíritu puede atajar los impulsos del *deseo* y de la *aversión*; nuestra voluntad es verdadero Josué: puede hacer que se detenga el espíritu ó que tome otra dirección en su carrera.

La inteligencia da también *motivos* (móviles) á la voluntad, con ellos delibera; empero, el gran privilegio del espíritu consiste en el libre albedrío, y la deliberación es de tal suerte subjetiva, que puedo determinarme por el motivo menos valioso contra todos los demás, ó abandonar todas las consideraciones y decidirme sin ellas ó contra ellas y sin más.

La voluntad es toda el alma funcionando como sujeto; por eso ella es la característica de la personalidad y el signo inequívoco del sér libre.

La inteligencia es limitada por su objeto y obra en razón directa de su perceptividad

La sensibilidad nos hace como si dijéramos esclavos de cuanto nos rodea y aún por desgracia de cuanto pensamos, si la decepción, el miedo ó el horror nos embargan; pero también es justo, no despreciando nada de nuestro ser,—que todo es divino,—declarar que las delicias, los gozes, la esperanza, la ecuanimidad y hasta la felicidad en su límite fundan su imperio en el terreno de la sensibilidad: que no es sólo la sensación percibida por el contacto ó impresión material, sino el sentimiento, en sus más sublimes trasportes, el que rige nuestro ser anímico.

Que en la cima de ese Tabor del sentimiento nos trasfiguramos, amando con pasión profunda lo bello, lo verdadero y lo bueno; admirando arrebatados por la inspiración sibilítica la obra inmensa del universo; adorando extasiados en espíritu y en verdad al Dios grande, causa y autor y alma viviente de su propia obra, unidad absoluta á donde por la Filosofía va el espíritu humano irresistible y eternamente atraído.

JUAN F. FERRAZ.

A

MARÍA TERESA VELENZUELA.

—:O:—

Ramillete de azahares,
permítete que en tu corpiño
prenda mis pobres cantares,
ellos son
flores que en mi corazón
ha cultivado el cariño.

Como entreabierto botón,
cual rojo clavel partido
que dulces sueños provoca
es tu boca
rojo nido
donde duerme la ilusión.

En el rizo de tu trenza
Cupido sus flechas dora,
y en la intensa
lumbre ardiente de tus ojos
prende el sol sus rayos rojos,
soñadora.

sigue tu paso triunfante,
mariposa,
siempre amada, siempre amante,
siempre hermosa,
y si quieres en la vida
ser como hoy la preferida
de la virtud y el amor
no hagas gala de tus galas;
de la modestia al fulgor
mejor luce, amiga mía,
la brillante pedrería
de tus alas.

AQUILEO J. ECHEVERRÍA.

Á ORILLAS DEL SENA

También como en los lugares tristes, en la ciudad de los goces inagotables tiene el extranjero sus horas melancólicas y angustiadas. París, el centro de las alegrías del gran mundo y el foco radiante del movimiento intelectual, la ciudad loca, que se aturde en Moulin Rouge con la danza frenética de las circes delirantes, y en Folies Bergère, saboreando la deliciosa orquesta húngara en que ejecutan una docena de jóvenes frescas como capullos y bellas como Dianas; que derrocha en Marguerie y en el Gran Hotel de la Plaza de la Opera; que va en tumulto á Vincennes, á Auteuil y á Saint-Ouen á poner

sus miles en las patas de un *Paolo ó Jalousie*; la ciudad sabia, que tiene puestos los ojos en bendito microscopio revelador, y quiere sorprender las vibraciones nerviosas y los misterios del hipnotismo en los estudios de Pasteur, Galézowski, Charcot, Verneuil; que perora con Clemenceau; la ciudad artista que aglomera solícita en sus museos con las joyas de Murillo y de Rubens los tesoros de Meissonier; que dedica su templo á Venus de Milo, como planta el sauce junto á la tumba del poeta de Musset, la ciudad noble que lo mismo redime á la humanidad con su sangre en un día de santo delirio, como se arrebató y paga el décuplo por las localidades del Teatro Francés cuando hay huérfanos que vestir, lágrimas que enjugar y artistas que premiar, por más que ella parezca siempre gozosa y siempre satisfecha, tiene para los espíritus soñadores y enfermos sus horas sombrías y sus notas tristes.

Para estos no es siempre la brillante ciudad de los apóstoles, cuya voz se oye en las tribunas que allí ha levantado la libertad para regarse en seguida por el mundo como semilla de bienes, y que tiene prensas que esparcen millones de periódicos sabios, interesantes y alegres; que con un cuento amarillo de Pierre Loti nos dan un grabado lleno de

atrayente voluptuosidad y con un discurso de Julio Simon un dibujo sangriento hecho en los pabellones de Clamart ó en el anfiteatro de Lucas Championière. Allá, donde parece que todo el mundo va ebrio de goces y de satisfacciones, donde cien teatros y conciertos ríen con la risa cristalina de sus orquestas y exhiben artistas como diosas y espectáculos maravillosos como aparecidos al influjo de la varita mágica de una hada cariñosa y complaciente; donde el que no está abismado en las científicas investigaciones ó entregado al trabajo grato que produce oro, se divierte tomando con deleite su ajenjo y su *bock* al aire libre, canta, baila ó estalla en carcajadas ante los gestos inimitables de Got, las pantorrillas famosas de la Mauri y el modo agradablemente lánguido de la Guilbert, cuando canta sus canciones traviesas y sonoras, é inclina con indolencia su gallardo cuerpo cimbrador; ó va sobre lustrosa victoria, rodando por bulevares y avenidas, mostrando la cara risueña, el *petit chapeau* de la última moda y el traje correcto cortado en la calle de la Paz; en la ciudad ideal, donde basta salir á la puerta para encontrar cosas dignas de estudio y asuntos alegres que pueden hacerle á uno perder lastimosamente la cabeza, y de donde no pueden emigrar ni los

mendigós que aparecen como espíritus malos cuando hay que tomar un coche de alquiler; sí, en aquella vorágine del deleite también llegan para el extranjero las horas de la nostalgia, de los patrios anhelos insaciables.

Los intervalos del estudio ó del divertimento son casi siempre amargos cuando se está solo, oprimido por la multitud que va estrujándose, lejos del seno adorado de la familia, ansiando ver el rostro cariñoso de la madre ó del hermano, ú oír el balbuceo sabroso del hijo tierno que está allá lejos, del otro lado del vasto horizonte, levantando al cielo las manecitas con afán interminable, como queriendo volar. Cuando se recuerda la patria, amada y bendecida, casi olvidada del mundo que piensa, perdida en el mapa como un peñón estéril, sabiendo que tiene savia vigorosa en los campos y fuerza creadora en los cerebros, se siente uno, á su pesar, más chico y más impotente: viene el desaliento amargo que desvanece la ilusión que surgió en el delirio patriótico de la juventud y muere la esperanza de un cercano y bello porvenir. En tales momentos se duda hasta de las propias fuerzas de nuestros países, jóvenes y ricos, pero educados en la escuela de la inconsecuencia, y casi se llega á esperar todo de la acción evolutiva de los tiempos.

¡ Extravío cobarde y fugaz ! Instantes son esos de negro sufrimiento para quien se preocupa de la suerte de su pueblo. Yo no podía escaparme de esos angustiosos momentos; pero siempre que sentía su proximidad hacía mi paseo por las orillas del Sena, buscando en vano en aquellos sitios un lenitivo á mi sufrir. Caminaba, caminaba como inconsciente, procurando dominar mis pensamientos tristes con la contemplación del grandioso panorama que hay en ambas orillas y se refleja en el manso río, testigo de tantas grandezas y de tantas miserias. Iba pensativo sobre los muelles, antes de la puesta del sol, como tratando de fotografiar en la mente aquellos risueños y soberbios cuadros, que encierran la historia de la redención del humano espíritu, para llevarlos después á mi país como recuerdo de mis horas de melancolía en la ciudad del arte y del placer.

El cuadro que se alzaba ante mí por el lado del Ocaso no podía ser más grandioso ni atrayente: destacábanse de entre las dos bandas de edificios particulares, los bellos pabellones del Louvre, su columnata gallarda y sus bóvedas agraciadas, la cúpula del Instituto, la estatua de Voltaire con la terrible sonrisa en los labios cortantes y la luz de sus convicciones en la poderosa mirada hecha en

el bronce; la fachada de la Escuela de Bellas Artes, por cuyas puertas salen á esas horas gran número de artistas, muchos de ellos con la levita raída, la cabellera-luenga y el semblante pálido, pero asomando en sus pupilas las claridades inefables del arte que alumbra en sus cerebros con la luz cariñosa de Venus; dibujados en la placa gris ó azul de los cielos los singulares tejados de las Tullerías, palacio de las espléndidas fiestas napoleónicas y de la saña feroz de los comuneros; los jardines rebozantes de estatuas de este imperial alcázar, la Plaza de la Concordia que tiene como la más preciosa de sus joyas el flamante y esbelto obelisco de Luksor, que muestra en sus caras bruñidas la escritura inagotable y rica de los jeroglíficos, los ojos en redondo, las serpientes enroscadas, las cabezas de cuervo y los ibis entre figuras que parecen ídolos, sarcófagos y góndolas; en frente, el Palacio de Borbón, donde truena sonora y convincente la voz de Clemenceau, y ostenta, metido en el sillón, su gran cabeza griega envuelta en nieves, el Presidente Floquet; y en el fondo, la Cúpula de los Inválidos dominando la Esplanada con sus reflejos de oro y cubriendo las cenizas del guerrero, que fué traidor á la causa del pueblo que lo elevó á árbitro repartidor de la Europa; las torres de Santa

Clotilde, gemelas que lanzan al cielo sus flechas atrevidas, la gigantesca Torre Eiffel y los pabellones de la Exposición, el Trocadero y sus torres como los campanarios de un templo, surgiendo de entre los jardines, y detrás de la Cascada, los Campos Elíseos coronados por el suntuoso techo del Palacio de la Industria, y como desteñida, allá á lo lejos, la cima del Arco de la Estrella. Y en medio de todo ese grandioso conjunto, encajonado entre sus diques, el Sena tranquilo y misterioso, escurriéndose debajo de los puentes, surcado por los vaporcitos gentiles y como incendiado por los focos de luz que palpitan en sus márgenes y los chorros brillantes que salen de las puertas y ventanas cuando comienza á obscurecer la tarde.

Aquella claridad radiosa que da cierta vaguedad á las líneas de los arcos y de los capiteles y uniformidad á los ramajes verdes, pone la ternura en los pensamientos y en el corazón; y al evocar los recuerdos que aquellos sitios despiertan, no son los hechos gloriosos de la ciudad heroica, sino sus tristezas, sus desgracias y sus vergüenzas, las que venían á mi memoria; creía ver al cobarde Carlos IX disparando á mansalva su mosquete como una distracción feroz, sobre los

infelices que trataban de escaparse por el río cuando las matanzas de San Bartolomé.

París rodaba tronando en ómnibus y coches, presa de la fiebre del placer; yo caminaba silencioso, largo tiempo, ajeno al ruido que me rodeaba, sumergido en los pensamientos mezclados y confusos de aquel sitio, de mi patria y mi familia, recordando los inocentes goces lejanos y viendo confundido con aquel lujoso panorama, el panorama pobre y querido de la ciudad natal, con todas las dulzuras que tienen para mí los lugares donde viven los seres que adoro.

De vuelta, caminando siempre junto al río, eran la Catedral de Notre Dame con sus encajes de piedra y sus columnitas imposibles, la flecha aflagrada de la Santa Capilla y las cimas del Hotel de Ville y de la Cámara de Comercio, las que surgían dominando los techos y trayendo á la mente nuevos sucesos cosumados en aquellos históricos contornos. Alguna vez, al pasar junto á la estatua del galante rey que está cerca del Puente Nuevo, me pregunté, saliendo de repente de aquella especie de enajenación: «¿Dónde estarán los monumentos de Marat y de Robespierre, los príncipes del Noventa y tres?» y fué entonces el espíritu de Sué el que se apoderó de mi espíritu abatido para volverle

sus fuerzas perdidas en unas horas de angustiosa meditación; fué como una conmoción vivificante el recuerdo de la epopeya grandiosa y redentora.

Los collares de luz que circundaban el río se hacían más vivos, temblaba la fosforescencia radiosa de las aguas, las sombras envolvían la ciudad hasta quedar de ella sólo un horizonte de estrellas apiñadas y palpitantes. Entonces iba á tomar mi localidad para la representación de *Haydée ó Manón* en la Opera Comique, y caminando por los bulevares del Palacio, Saint Michel y Saint Germain, buscaba mi hotel junto á la Plaza del Colegio de Francia.

RUBÉN RIVERA.

APUNTES HISTÓRICOS

II.

Antes de pasar adelante hablaré un poco de la situación de la Iglesia de Nicoya que no era otra que la del resto de Costa Rica y sobre la cual he podido ver un curioso documento inédito de Pedro Venegas de los Ríos, que ocupó el puesto de Alcalde Mayor de Costa Rica de 1565 á 1568, año en que entró como Gobernador don Perafán de Rivera.

Los clérigos de los pueblos de indios de Nicoya, dice Venegas de los Ríos, hablando de las ceremonias religiosas, llevaban á los naturales por un bautizo una gallina, una candela y un capillo; por desposorios dos gallinas y dos candelas; por las velaciones los principales pagaban dos pesos y los pobres

medio peso, cuatro candelas, la esterilla en que se sentaban, el paño con que se cubrían la cabeza y las arras; por cada responso se debían dar cuatro gallinas y cuatro candelas.

Los curas viajaban de continuo por los pueblos de indios haciendo recaudaciones con el objeto de llenar sus trojas y corrales. Buen cuidado tenían en que los choroteganos no se olvidaran de los diezmos y primicias.

Los indios de Nicoya tenían la costumbre de dar algún regalito á *tata Padre* en los días de fiesta. Venegas de los Ríos afirma que esa era la razón de que hubiera tantos días de guarda en aquel lugar, al extremo de pasar en mucho el número de días sagrados de España. Además, entre los indios se nombraban alguaciles para que recorieran los pueblos pidiendo limosna para las misas de *requiem* del lunes, que el cura decía por las ánimas del purgatorio, llevando dos pesos por cada misa, y para la del sábado que se decía «á socolor de cofradía de Nuestra Señora».

* * *

Aunque no tengan gran valor histórico, voy á ocuparme de algunos sucesos particulares que se refieren al asunto de que trato.

A causa de la pobreza de la provincia y de la escasa protección que hallaban, los frailes quisieron marcharse en 1576 á Filipinas,

abandonando así el Convento de Cartago. El Gobernador Anguciana de Gamboa, para evitar su partida, los puso presos y aun se dice que los cargó de cadenas. El Jefe de la provincia franciscana de San José (que comprendía á Costa Rica y Nicaragua), dirigió sus quejas al Rey y le decía que lo que había hecho Gamboa con su arbitrariedad era llenar de escándalo á los indios.

Anguciana de Gamboa tuvo por ese hecho á los frailes de enemigos. Burlándose de un repartimiento de indios que hizo ese Gobernador, decían los misioneros «que entre la mazamorra que hizo había más pleitos que indios».

* * *

En 1578, siendo Gobernador Diego de Artieda, fray Antonio de Zayas envió un informe al Rey, en que se queja del mal trato que se daba á los indios de Costa Rica, los que disminuían de una manera notable, á causa de «los malos tratamientos y extorsiones de los españoles». De ello, sin embargo, no era culpable el Gobernador Artieda, quien por sí solo no podía hacer nada; al contrario, él fué uno de los que más trabajaron en provecho de la provincia. Artieda tenía por enemigos mortales á los tesoreros que no sufrían la vigilancia del Gobernador, y él creía

también que los frailes lo acusaban falsamente. Artieda fué llamado á Guatemala, víctima de las calumnias, y no pudo volver á Costa Rica hasta 1588. Lo primero que hizo fué ponerse bien con los religiosos del Convento de Cartago, que de esta vez fueron sus amigos y lo recomendaron al Rey.

*
* *

En 1586 había acaecido un hecho que no he de dejar pasar por alto: el asesinato que cometieron los indios en la persona del venerable fray Juan Pizarro, mercedario y primer misionero sacrificado por los indios de Costa Rica. Desde 1582 se le había confiado la doctrina de los indios de Quepo. Según lo que una relación cuenta, dicho fraile tenía por costumbre azotar á los indios tercios ó perezosos para aprender la doctrina; y habiéndolo hecho un día con un hermano del cacique y otros dos indios principales, los indígenas se levantaron contra él y le ahorcaron, junto con tres muchachos cristianos que le acompañaban.

Su muerte se refiere de otra manera. Dícese que el Padre Pizarro predicaba el día de la Inmaculada en un pueblo de indios (sin duda Quepo) cuando una partida de éstos se abalanzó sobre él, lo desnudó y ató

á un palo, en donde fué azotado y martitizado sin misericordia hasta darle muerte; hecho lo cual, arrojaron su cadaver á un barranco. El resultado viene á ser el mismo; lo probable es que los azotes que el anciano fray Juan recibiera, le fueron aplicados por vía de retorsión, aunque de una madera más terrible.

* * *

Es sumamente curiosa la relación que en el año 1610 hace de Costa Rica fray Agustín de Zeballos. Allí se describen las creencias, usos y costumbres de los que hoy llamamos Talamancas. No trasladaré aquí esa relación por estar publicada en el interesante libro «Costa Rica y Colombia» de donde he tomado grante de estas notas, lo mismo que de «Costa Rica, Nicaragua y Panamá», trabajos que han sido los primeros en sacar de la oscuridad lo referente á nuestra historia del período colonial.

* * *

Una nueva parroquia se estableció con la fundación de Santiago de Talamanca, fundada por el Capitán Diego de Sojo, á orillas del Tarire (conocido hoy con el nombre de Sixola) en Octubre de 1605.

En ese mismo año don Gonzalo Vázquez de Coronado dejó la Gobernación de Costa

Rica y tomó posesión de ella don Juan de Ocón y Trillo, quien gobernó hasta 1610. Don Gonzalo, que conservaba el recuerdo de la famosa expedición de su padre al valle del Duy, celebró con la Capitanía General de Guatemala una capitulación en virtud de la cual recibió el título de Gebernador del valle del Duy y de los mexicanos, con entera independencia del Gobernador de Cartago; pero don Gonzalo contaba á la sazón ochenta y ocho años y no le fué posible emprender nuevas expediciones.

El Capitán Sojo fué nombrado Teniente Gobernador de la Talamanca; mas, como este asunto no es de mi propósito tratarlo no me detendré en describir la corta pero floreciente vida de la ciudad de Santiago, la que fué incendiada por los indios el 29 de Julio de 1610.

De paso diré que don Gonzalo, rendido por el peso de los años, bajó al sepulcro en 1611.

*
* *

Recordé hace poco á fray Juan Pizarro, primer misionero sobre quien los indios descargaron su furor. Poco tiempo después, en 1617, un nuevo ejemplo del encono de los indios se presenta á nuestra vista: el pueblo de Auyaque se subleva y da muerte á su padre

doctrinero fray Rodrigo Pérez. Verdad es que si los naturales estaban mal dispuestos tenían para ello sobrada razón: el Gobernador Juan de Mendoza y Medrano había hecho varias entradas á los pueblos sin autorización ninguna del Rey ni de la Audiencia, en las cuales no fué por cierto el imitador de Juan Vázquez de Coronado; pues cometió graves excesos contra los Talamancas, Coactos y otras parcialidades, por cuyo motivo, huyendo de los españoles, los naturales se internaron en las montañas, y cometieron varios delitos, contándose en el número el asesinato de fray Rodrigo. No está por demás decir que la Audiencia de Guatemala hizo conducir preso ante ella á Juan de Mendoza y Medrano.

*
* *

Don Gregorio de Sandoval ocupó el puesto de Gobernador en 1636. Pocos Gobernadores tan laboriosos como él contó la provincia de Costa Rica: fué quien, el año mismo de su entrada á la Gobernación, abrió el camino de Cartago á Matina, habilitando esa rica comarca y dando salida al comercio por el río. Aquella medida aprovecho en gran manera á la provincia, pues los vecinos de Cartago hicieron sus siembras de cacao en el valle de Matina. Ese fué el origen del cultivo del cacao, que por dos centurias consti-

tuyó el principal ramo de nuestra agricultura nacional. Como el mismo Gobernador lo dice en una carta al Rey, con los derechos de almojarifazgo que producía el puerto de Matina se pagaban los sueldos de Gobernador, curas y sacristanes, sin tener necesidad de ocurrir á la real caja de Nicaragua. Durante la Gobernación en que me ocupo se efectuaron importantes expediciones al pueblo de los Votos, ahora generalmente conocido con el nombre de *quatusos*; dichos indios habían tributado y servido anteriormente á los habitantes de Esparza. La autorización para conquistar de nuevo las provincias del Duy y de Guaimí, fué denegada á Sandoval. Por lo que hace á lo religioso, el Gobernador Sandoval construyó en Cartago la iglesia del Convento de San Francisco y la Parroquia, destruidas después por los temblores; hizo construir también varias iglesias entre los indios. Su actividad no se limitó á ese género de edificios, puesto que dotó á Cartago de casas para cabildo y carnicerías. En cuanto á caminos hizo varios, á más del importantísimo de Matina.

José F. PERALTA.

LOS CENTAUROS

(BAJO RELIEVE)

A Raoul Cay.

Escrita en viejo dia'ecto eolio
Hallé esta página dentro un infolio
Y entre los libros de un monasterio
Del venerable San Agustín.
Un fraile acaso puso el escolio
Que aquí se encuentra: d'omine serio
De flacas manos y buen latín.
Hay sus lagunas.

..... Cuando los toros
De las campañas, bajo los oros
Que vierte el hijo de Hiperión,
Pasan mugiendo, y en las eternas
Rocas salvajes de las cavernas
Esperezándose ruge el león;

Quando en las vírgenes y verdes parras
Sus secas notas dan las cigarras
Y en los panales de Himeto deja
Su rubia carga la leve abeja
Que en bocas rojas chupa la miel,
Junto á los mirtos, bajo los lauros,
En grupo lírico van los centauros
Con la armonía de su tropei.

Uno las patas rítmicas mueve,
Otro irgue el cuello con gallardía
Como en hermoso bajo relieve
Que á golpes mágicos Scopas haría;
Otro alza al aire las manos blancas
Mientras le dora las finas ancas
Con baño cálido la luz del sol;
Y otro saltando piedras y troncos
Va dando alegre sus gritos roncoss
Como el ruido de un caracol.

Silencio. Señas hace ligero
El que en la tropa va delantero;
Porque á un recodo de la campaña
Llegan en donde Diana se baña.
Se oye el ruido de claras linfas
Y la algazara que hacen las ninfas.
Risa de plata que el aire riega
Hasta sus ávidos oídos llega;
Golpes en la onda, palabras locas,
Gritos joviales de frescas bocas,
Y los ladridos de la trailla
Que Diana tiene junto á la orilla
Del fresco río, donde está ella
Blanca y desnuda como una estrella.

Tanta blancura que al cisne injuria
Abre los ojos de la lujuria;
Sobre las márgenes y rocas áridas
Vuela el enjambre de las cantáridas
Con su brañido verde metálico,
Siempre propicias al culto fálico.
Amplias ca leras, pie fino y breve;
Las dos colinas de rosa y nieve....
Cuadro soberbio de tentacion!
Ay del cuita-to que á ver se atreve
Lo que fue espanto para Acte-on!
Cabellos rubios, mejillas tiernas,
Marmóreos cuellos, rosadas piernas,
Gracias ocultas del lindo coro,
En el herido cristal sonoro;

Seno en que hiciérase sagrada copa:
Tal ve en silencio la ardiente tropa.

 ¿Quién adelanta su firme busto?
 Chirón experto? Folo robusto?
Es el más joven y es el más bello;
Su piel es blanca, crespo el cabello,
Los cascos finos, y en la mirada
Brilla del sátiro la llamarada.
En un instante veloz y listo
A una tan bella como Kalisto
Ninfa que á la alta diosa acompaña,
Saca de la onda donde se baña;
La grupa vuelve, raudo galopa:
Tal iba el toro raptor de Europa
Con el orgullo de su conquista.

 ¿A do va Diana? Viva la vista,
La ptanta atada, la cabellera
Mojada y suelta; terrible, fiera,
Corre del monte por la extensión;
Ladran sus perros enfurecidos;
Entre sus dedos humedecidos
Lleva una flecha para el ladrón.

 Ya á los centauros á ver alcanza
La cazadora; ya el dardo lanza,
Y un grito se oye de hondo dolor:
La casta diva de la venganza
Mató al raptor....

 La tropa rápida se esparce huyendo,
Forman los cascos sonoro estruendo.
Llegan las ninfas. Lloran. ¿Qué ven?
En la carrera la cazadora
Con su saeta castiga lora
A la robada mató tambien.

RUBÉN DARÍO.

LA PRINCESA LULÚ

May concurrida estaba aquella tarde la tertulia del célebre pintor Bouez. Había corrido la noticia de que el cuadro que destinaba al próximo Salón estaba terminado, y esta era la causa de haber acudido al taller gran parte de sus amigos, entre los cuales figuraban, con raras excepciones, los hombres más ilustres de París. Carlos Bouez era un predilecto de la fortuna; desde muy joven había adquirido mucha nombradía, colocándose en la primera fila de la brillante pléyade de los pintores franceses de fines de este siglo. A los treinta y siete años se veía rico, colmado de honores y dueño de un precioso hotel en la avenida de Villiers. Era además oficial ed la Legión de Honor, miembro del Institu-

to de Francia, y había obtenido un año antes la tan codiciada medalla del Salón, por su cuadro del *Nacimiento de Venus*, que representa á la diosa rubia surgiendo de la espuma de las olas. Su figura varonil era agraciada y su traza la del pintor moderno: alto, vigoroso y con unos bigotazos que le hacían parecerse á un capitán de coraceros.

Un nuevo cuadro de Bouez era siempre un acontecimiento muy interesante para todas las personas relacionadas de alguna manera con el arte. De las manos del gran pintor sólo podía salir una obra maestra, una de esas telas que nacen para ser colgadas en las paredes de un museo ó en la galería de un archimillonario. De aquí que la tertulia que tenía lugar todos los martes en el estudio de Bouez, fuera aquel día más numerosa que de costumbre. La vasta habitación caprichosa y ricamente allhajada y con techo de vidrio de la cual habían salido tantas maravillas del pincel y de la paleta, no era ya bastante á contener todas las personas de viso que habían acudido como obedeciendo á una cita. Los pintores, literatos y críticos mejor reputados andaban allí codeándose con ricos banqueros y nobles de muchas campanillas. «Admirable, soberbio, asombroso» eran las palabras que salían de todos los labios al con-

templar el cuadro último de Bouez, artísticamente colocado sobre un caballete de encina y ya metido en su marco de oro.

La pintura era realmente magnífica. Representaba á una mujer desnuda y en pie junto á un arroyo que bajaba saltando de piedra en piedra por entre un bosque. *La ninfa del riachuelo* era el nombre que Bouez había puesto á su cuadro. Nunca se vió ninfa más bonita; no era posible pedir más al arte ni al humano ingenio; aquella mujer era idealmente bella, con esa belleza delicada que tan bien sabe expresar la pintura moderna. Sus cabellos de oro caían desparramados sobre la curva exquisita de los hombros, y los finos y largos perfiles del cuerpo se destacaban con incomparable gracia y maestría en el fondo verde de la tela. En sus ojos azules como el zafiro brillaba el pensamiento y debajo de aquella carnación tan llena de vida, casi se veía correr la sangre. Un capricho del pintor le había puesto en el seno izquierdo un lunarcito color de rosa que resultaba muy cuco. Todos corrían á estrechar la mano del pintor, llenándole de alabanzas que éte recibía visiblemente satisfecho y con una modestia no fingida que le estaba muy bien.

—Mi querido Bouez—dijo de repente la voz sonora del príncipe Savinow,—sois un gran pintor y habéis hecho una maravilla; pero es lástima grande que estas mujeres tan lindas sólo vivan en las paletas de los grandes maestros, que se ven obligados á servirse de distintos modelos para llegar á obtener un conjunto perfecto.

—Os equivocáis príncipe—replicó Bouez;—la Naturaleza, esa artista sin rival, sabe hacer cosas tan bellas y perfectas que ningún pintor en el mundo, así resucitara el mismo Apelles, es capaz de igualar. Sin ir muy lejos puedo citaros un ejemplo; este cuadro no es más que un retrato, retrato fiel de una parisiense.

—¿Es posible?—exclamó el ruso sorprendido.

—Y tan posible.

—¿Es decir que la mujer que os sirvió de modelo es en un todo semejante á esta ninfa?

—Es mucho más bella aún.

—¡Cáspita! ¿Y el lunarcito rosado?....

—No es una fantasía; lo tiene el modelo.

—¿Y sería pecar de indiscreto preguntaros quién es esa mujer?

—Siento mucho no poder contestar á esa pregunta; yo mismo no lo sé.

—¡Cosa rara! No conocéis á una mujer que os ha servido de modelo.

—Cosa rara, en efecto.

—Pero habéis dicho que es parisiense.

—Sí; es lo único que he podido averiguar.

—Se trata pues de un misterio.

—Misterio ó cosa así, cuando menos de uno de esos detalles curiosos de la vida de París.

Poco á poco se había ido formando un círculo alrededor de ambos interlocutores, y todos parecían ansiosos de oír de labios del maestro la picante anécdota que parecía deber resultar de la conversación entablada.

—Contadnos cómo ha sido eso—dijeron varias voces en coro. Bouez se acercó á un velador cubierto de copas y garrafitas de cristal llenas de vinos extranjeros, y después de tomar un cigarro de la Habana de una caja abierta, lo encendió y fué á apoyarse en una mesa de estilo Renacimiento preciosamente labrada. Cada cual se fué arrellenando para escuchar con más comodidad, en los sillones de cuero de Córdoba y los divanes orientales que adornaban el taller en artístico desorden.

—El invierno pasado—comenzó á decir el pintor entre dos bocanadas de humo—tu-

ve el antojo de hacer el retrato de Rosita Mauri, la bailarina española, con el gracioso traje que saca en la Farándula. Ella se prestó gustosa á mi deseo y mi obra fué adelantando con mucha rapidez; el conjunto me tenía satisfecho, pero había un detalle, un pliegue picaresco de la boca que no me era posible reproducir; por momentos era tanta mi impaciencia que sentía deseos de arrojar mis pinceles por el balcón. Un día se me figuró que ya iba á triunfar de la dificultad. Sí, casi era eso; otro movimiento imperceptible de la mano y el plieguecillo rebelda quedaba fijado sobre la tela! En este instante abrió la puerta Francisco, mi ayuda de cámara, me distraje y todo se lo llevó el diablo. Ya pueden ustedes suponer de qué manera le recibí. Traía recado de una joven que deseaba hablar conmigo de un asunto de la mayor importancia, y que se había negado á dar su nombre. Al principio rehusé verla, pero Rosita abogó con tanta gracia en favor de la desconocida, que me dejé ablandar.

—Me encontré con una mujer joven, vestida de riguroso luto y cubierta la cara por un largo y tupido velo negro.

—¿Es al pintor Bouez á quien tengo el honor de hablar?—me preguntó con una voz

muy dulce, pero en cuya vibración se traslucía una impaciencia contenida.

—Yo mismo soy, señora. Si tenéis algo que decirme, os ruego que sea pronto, porque tengo mucha prisa.

—Seré breve—prosiguió ella;—yo tampoco tengo mucho tiempo que perder. Hace solamente ocho días que murió mi pobre madre, señor Bouez, y ya he recibido dos veces la visita de la justicia que se empeña en quererse llevar los restos de nuestra miseria. Necesito dos mil francos para salvar los pobres recuerdos de mi madre, y he pensado en vos para obtenerlos.

—Le contesté que no tenía inconveniente en favorecerla, pero que debía tener en cuenta que dos mil francos eran ya una suma de consideración.

—Veo que no me habéis comprendido—repuso ella con el mismo acento dulce y breve;—yo no he venido aquí á pedir una limosna sino á proponeros un arreglo en que tal vez no seré la más favorecida.

—¿ Un arreglo? Veamos cuál es y si me conviene.

—A cambio de los dos mil francos que necesito os serviré de modelo para un cuadro.—Al decir esto levantó el crespón que la cubría, quedándome yo pasmado ante esa

cara divina—y el pintor señaló la de la ninfa.

—Sois en verdad muy hermosa—dije después de contemplarla un rato,—pero nosotros los pintores no tenemos por costumbre contentarnos con sólo ver la cara de nuestros modelos, y no sé si esto puede conveniros.

—Las mejillas de la joven se cubrieron de rubor y me pareció que vacilaba.

—Bien está—replicó en seguida con ademán resuelto;—al venir aquí ya sabía lo que se me esperaba; me veréis toda y si la reproducción de mi cuerpo os parece valer dos mil francos, me los daréis mañana mismo, porque después ya sería tarde.

—Convenido.

—Volveré mañana.

—Hasta mañana, pues; venid temprano, á las ocho.

—La bailarina me preguntó con interés por el resultado de mi entrevista con la joven y yo se lo referí, pareciéndole muy divertido. Eché mano del pincel con nuevo ardor y por fin pude atrapar el maldito pliegue. Al día siguiente llegó la muchacha á la hora convenida; traía los ojos muy llorosos; al verla casi estuve tentado de ponerle los dos mil francos en la mano y decirle que se marchara, pero ella me desconcertó por la manera resuelta con que hizo ademán de comenzar á

despojarse de sus ropas; temía sin duda que le faltara el valor. La conduje á un gabinete que está detrás de ese tapiz de Persia, y á los pocos minutos reapareció temblando de vergüenza y radiante de hermosura; en su carita de virgen se leía el sufrimiento que le causaba el sacrificio de su pudor. ¡Qué angustiosas debían de ser las circunstancias que así la obligaban á exponer su cuerpecito desnudo á la mirada ofensiva de un desconocido! Tuve lástima de la pobre niña y le ofrecí que se fuera, llevándose el dinero.

—Quiero ganarlo—me contestó con firmeza;—yo no recibo limosna.

—Esta es, señores, la historia verdadera del origen de ese cuadro—continuó Bouez,—uno de los tantos lances originales que presenta diariamente esta vida endemoniada de París, y que varían desde la más negra infamia hasta el heroísmo más sublime.

—¿Y tampoco sabéis el nombre de esa mujer?—preguntó de nuevo y con interés el príncipe Savinow.

—Sé que se llama Luisa; en cuanto á su apellido nunca me lo quiso decir, haciéndome prometer, además, que no trataría de saber quién era ni donde vivía.

—Promesa que no habéis cumplido, por supuesto.

—Al contrario, promesa que he cumplido religiosamente.

—Sois un modelo de galantería, mi querido Bouez—dijo el ruso en tono jovial;— yo hubiera prometido, pero en cuanto á cumplir, ya es otra cosa.

Como se iba haciendo tarde fueron desfilando todos, muy contentos de tener una curiosa anécdota que llevar á los más elegantes *boudoirs* de París, donde sería discutida y comentada. Cuando ya no quedó nadie, el príncipe Savinow se acercó á Bouez y mirándole fijamente le dijo:

—Dadme palabra de caballero de que cuanto nos habéis referido con respecto á esa mujer es la pura verdad.

—¿Dudáis?—replicó el pintor amoscado.

—No tal; pero es posible que delante de tanta gente no hayáis querido decirlo todo, y he pensado que tal vez no tendríais inconveniente en confiármelo á mí solo.

—Lo siento mucho, pero no podría añadir una palabra más á lo que ya he dicho.

—¿Palabra de caballero?

—Palabra de caballero.

Y el príncipe se marchó después de sacudir cordialmente la mano de su amigo el pintor Bouez. El tal príncipe Savinow era un tipo curioso de eslavo excéntrico; dueño de

una fortuna colossal tenía la idea de que nada en este mundo resiste al atractivo fascinador de los billetes de banco; y en esto es preciso confesar que no andaba muy descaminado. Entre otras manías extravagantes, una le había hecho célebre en San Petersburgo. Todos los años y á la misma época se aparecía en aquella ciudad con una nueva querida que forzosamente había de tener alguna cosa rara. Unas veces era una japonesa de amarilla tez y pómulos salientes, otras una bayadera india ó una esclava marroquí. Pero agotado que hubo la lista de los países exóticos, preciso le fué dedicarse á buscar sus ejemplares raros en Europa. A esta causa obedeció el rapto de la Soledad, una gitana de Sevilla que bailaba tango en el circo de Verano, y otras calaveradas ruidosas que pronto le colocaron á la cabeza de los más famosos trapisondistas europeos. Desgraciadamente cada año se le dificultaba más el encontrar una mujer que reuniera las condiciones necesarias para mantener su fama á la misma altura. Se iba agotando el ramo y ya se acercaba el tiempo en que debía llegar á San Petersburgo, según su costumbre, con el nuevo tesoro descubierto, sin que nada hubiera podido hallar. ¿Habría llegado el día de renunciar á su triunfo anual? Si

este fuera el caso ¡qué vergüenza para él! Y el príncipe se mataba buscando por todo París lo que le hacía tanta falta.

Lo que Bouez había relatado en la tertulia fué para él un rayo de luz y esperanza. ¡Qué triunfo si lograba llevarse aquella beldad maravillosa! Una perla nacida en París y descubierta por él. ¡Esto sí que era nuevo!

—Vamos—se dijo el príncipe al bajar las escaleras de la casa de Bouez,—ó yo he de poder muy poco ó me llevo la ninfa á Rusia.

Al día siguiente, estando todavía el pintor en la cama, recibió una esquelita concebida en estos términos: «Mi querido Bouez: haréis de mí el hombre más feliz de la tierra enviándome con el portador una fotografía de la cabeza de la *ninfa del riachuelo*. Os lo agradecerá eternamente—*El príncipe Savinow.*»

—Ya tenemos al príncipe en campaña—pensó el maestro mientras ponía dentro de un sobre lo que su buen amigo y mejor cliente le pedía.

*
* *

Pasó una semana sin que el pintor volviera á saber del príncipe. Una mañana que había salido á dar un paseo por el bosque de

Boloña, al llegar cerca del pabellón chino sintió un galope precipitado. Miró hacia atrás y contuvo su montura al ver á Savinow que avanzaba á revienta cinchas haciéndole señas de que lo esperase.

—Amigo Bouez—le gritó desde antes de llegar,—me alegro mucho de veros. Ya sé quien es la ninfa. Carillo me ha costado, pero al fin lo he podido averiguar.

—A la verdad que se necesita ser tan afortunado y rico como vos para lograr descubrir á una muchacha en París, sin más dato que una fotografía.

—Nada se le dificulta al que puede pagar cada cosa según su valor ó el que le quieren dar. En cuanto llegó á mis manos la fotografía que tuvistéis la amabilidad de remitirme, me fuí con ella á una de esas agencias que viven de averiguar los secretos ajenos. «Buscadme, les dije, á la dueña de esta cara; se llama Luisa y vive en París; ya sabéis que pago bien.» Cuatro días después supe que la ninfa se llama Luisa Lambert, por otro nombre Lulú, y es una costurera muy honradita.

—¿Qué más?

—Sin perder tiempo fuí á verla y le ofrecí un capital por que se marche conmigo á San Petersburgo.

—¿Y bien?

—Nada, que me echó á la calle con cajas destempladas.

—¿Qué pensáis hacer?

—Doblar mi oferta.

—¿Y si también la rechaza?

—La triplicaré; estoy dispuesto á llevarme á esa muchacha.

—Sois un demonio, príncipe, un demonio de oro. ¡Pobres Margaritas!

* * *

El príncipe dobló, triplicó y cuadruplicó su oferta. Siempre la misma negativa. El escéptico calavera comenzaba á dudar por primera vez en su vida de la omnipotencia del oro.

Volvió á casa de la muchacha que raramente salía de su bohardilla, resuelto á desprenderse de la mitad de su riqueza si era preciso.

—Perdéis el tiempo, príncipe— le contestó ella —He jurado morir honrada, y no tenéis bastante dinero para hacerme vuestra querida.

—Y yo he jurado á mi vez, encantadora Lulú, llevaros á Rusia y no he de economizar medios para conseguirlo.

—Pues yo sólo conozco uno.

—¿Cuál es?

—Hacedme princesa.

Diez días después publicaba *El Figaro* la siguiente gacetilla:

«El príncipe Vladimiro Savinow, tan conocido y apreciado en la alta sociedad parisiense, acaba de poner punto final á su vida borrascosa, casándose con una linda costurera de Batignolles; hoy mismo han salido los nuevos esposos para San Petersburgo. Detalle picante: la señorita Luisa Lambert, hoy día princesa Savinow, sirvió de modelo al afamado pintor Bouez para su magnífico cuadro de *La ninfa del riachuelo*, el cual ha sido comprado por el príncipe ruso en una suma fabulosa.»

Y así fué cómo la señorita Lulú, costurera de Batignolles, vino á ser la princesa Savinow.

RICARDO FERNANDEZ GUARDIA.

NOTAS

—Tenemos esta vez que dar las gracias al poeta argentino Domingo D. Martinto, por el bondadoso envío de un cuaderno de versos suyos con que ha querido obsequiarnos, y que sabremos estimar en lo que por sí vale y en lo que, para nosotros, tiene de ha-güeña la fina dedicatoria de que viene precedido. Martinto es un poeta justamente acreditado en la América Latina.

—Ricardo Fernández Guardia, el joven escritor costarricense que viene engalanando, con laborioso tesón, las columnas de la *Revista de Costa Rica*, á cuyo éxito literario contribuye no poco, tiene el pensamiento de reunir y publicar en un volumen sus cuentos publicados é inéditos. El lector de la *Revista* le ha tomado el gusto á esas narraciones, y sabe, por lo tanto, que Fernández Guardia es un prosista galano y que lleva su corrección hasta el atildamiento. Gustan sus cuentos, pues, por el tejido sencillo y resistente de su lenguaje, así como por el desarrollo, lleno de gracia y desembarazo, de sus temas, que suelen tener toda la simplicidad del proceso psicológico. El libro de Fernández Guardia es apenas un pensamiento acariciado; pero, aunque de lejana realización, nosotros nos complacemos en anunciarlo desde luego, seguros de que el anuncio ha de ser acogido con agrado.

—Don Manuel María Peralta, que nos honra con su amistad y con sus generosos estímulos, nos remitió hace poco, haciendo compañía á bondadosa carta suya, una tarjeta del señor Marqués de Valmar, en que el ilustre español hace una rápida observación con respecto al artículo que acerca de doña Emilia Pardo Bazán publicó en el primer número de esta Revista nuestro distinguido amigo A. A. Castro. La tarjeta ha motivado la carta que tenemos el gusto de publicar á continuación:

AMIGO FACTO:

Nuestro ilustre compatriota, Señor don Manuel María Peralta, ha tenido la benevolencia de leer mi modesto trabajo publicado en la *Revista de Costa Rica*, y de enviarme la honrosa felicitación de que Ud. fué mensajero. Juzgo que he sido objeto de espléndida distinción y que el señor Peralta halaga mi vanidad por modo superior á mis merecimientos. Sea la generosa amistad de Ud. portadora de los votos de profunda gratitud que envío al señor Peralta.

Con referencia al cargo que me hace el Excelentísimo señor Marqués de Valmar, por medio del señor Peralta, de haber calificado yo á don Juan Valera de *primer crítico* de España, siendo así que *éste y Menéndez Pelayo son admirables*, declaro con placer que es justísima la observación del señor Marqués: *ambos son admirables*.

Y es muy notable don Manuel de la Revilla.

Y el mismo Marqués de Valmar es merecedor de particular respeto en la especie, como lo proclaman su *Crítica de la literatura española del siglo XVIII* y sus eruditos *Comentarios de los Castigos de Santa María por Alfonso el Sabio*.

Pero bien se comprende que, si la índole de mi trabajo permite la alusión y el epíteto que me critica el señor de Cueto, me impone también completa reserva relativamente á los otros críticos de España que la fama ha glorificado desde antiquísima data; pues siendo otra mi tesis, sólo incidentalmente pude decir, como afirmé en efecto, que es don Juan Valera el primer crítico de España, cuando hice referencia á sus argumentos contra la candidatura de doña Emilia Pardo Bazán para académica.

Opino con el señor Marqués; pero es imposible considerar las dos eminencias sobre un mismo pie de igualdad, idénticas como dos gotas de agua, *alter ego* la una de la otra ante el criterio humano.

La sínéresis de cada entendimiento diversifica por manera inconcebible; el sentimiento estético no se sujeta á leyes; la anarquía es el estado normal en materia de ideas y de gustos, y es que la crítica literaria, como las demás,—entre los que no ejercemos ese sacerdocio,—sufre todo linaje de influencias psíquicas; desde las que desarrollan las escuelas literarias que luchan, hasta las que imponen convicciones políticas ó religiosas que circulan con la sangre en el organismo.

Schiller y Shakespeare son admirables; pero es frecuente no apellidarlos con el mismo ordinal.

Balzac y Flaubert.—escritores del mismo género,—son admirables; pero entre los mismos franceses varía el epíteto numeral que se atribuye á uno ú otro de los célebres noveladores.

Tal sucede con Menéndez y Valera en España y América. Los dos son gala y ornato de las hispanas letras; pero es corriente la opinión de que Valera gasta, como escritor, más brillante y gallardo estilo que Menéndez; y como crítico su tino y discreción encuentran aplausos aun en los caracteres más intolerantes. Me atrevo á creer que en la misma España abundan idénticos pareceres.

Yo me afilio á esa opinión, humildemente, sin desconocer el mérito extraordinario de Menéndez y repitiendo que *ambos son admirables*.

Finalizo asegurando á Ud. que soy
su apasionado servidor y amigo,

ANGEL ANSELMO CASTRO.

—Cerramos las notas del presente número, anunciando á los lectores de esta *Revista* que nuestro número de abril vendrá engalanado con un artículo de Ricardo Jiménez, que es, como suya, una bella producción de su talento.

J. A. F.

INDICE

| | <u>Páginas</u> |
|---|----------------|
| I Menadencias Filosóficas, por Juan F. Ferraz. | 235 |
| II A María Teresa Valenzuela, poesía, por Aquileo J. Echeverría..... | 240 |
| III A orillas del Sena, por Rubén Rivera..... | 241 |
| IV Apuntes Históricos, por José F. Peralta..... | 250 |
| V Los Centauros, poesía, por Rubén Darío..... | 258 |
| VI La Princesa Lulú, por Ricardo Fernández Guardia.. | 261 |
| VII Notas | 276 |

REVISTA DE COSTA RICA

— 0 —

SALE UNA VEZ AL MES

CONSTA DE 50 A 64 PAGINAS CADA NUMERO

La suscripción por trimestre vale \$ 1-50
Un número suelto vale „ 0-60

AGENTES:

En Cartago Don Rigoberto Centeno.
> Alajuela > Luis Castaing Alfaro.
> Heredia > Luis R. Flores.
> San José > La Administración.

CALLE 18, N^o 241.—CORREO: APARTADO N^o 403